de clérigos; y el edificio del Liceo, purgado de sus delitos, había recobrado su destino tradicional de Colegio eclesiástico. Los catedráticos de Teología, Derecho Canónico, Filosofía y Latinidad tomaron posesión de sus antiguas aulas; y Billuart, Vinnio, Dmowski, Perrone, Nebrija, el Arte Explicado, Horacio y Virgilio brillaron otra vez deslumbradores y sin competencia en el remozado plantel. Volvieron los corrillos á alegrar los amplios corredores; la lengua latina recobró el uso de la palabra; los silogismos, sorites y entimemas tornaron á cruzarse, retorcerse y enmarañarse en las clases; y el Aula Mayor resonó de nuevo los jueves, con el fragor de las sabatinas.

Celebrábanse éstas con arreglo á anuncios manuscritos que se fijaban en las puertas del Aula Mayor y de la Capilla, y se consignaban en el latín más confuso, enmarañado é inextricable que se hallaba á la mano. Confeccionar galimatías era punto de honor para los catedráticos. Aquel de ellos que daba á luz la redacción más intrincada, cabalística y endemoniada; el que producía el anuncio más obscuro é incomprensible, ese era el que triunfaba. "¡Salve triumphator!" Laboriosísima, por de contado, era la elaboración de tales alumbramientos. Consultábase de sobra la gramática para escoger giros inusitados; poníase á contribución á los clásicos para

pedirles prestadas sus metáforas más atrevidas; y, sobre todo, buscábanse en los abismos del diccionario las voces más peregrinas é incógnitas, las más raras y estupendas, para exornar con ellas, piezas de gusto tan complicado y de tan difícil lectura.

Una vez fijados los avisos en los sitios acostumbrados, formábanse corros delante de ellos, y con avidez eran leídos. ¡Qué rechifla si estaban concebidos en latín fácil, de "carreta carretae!" Pero si lograban dejar en ayunas á los lectores, ¡qué victoria tan espléndida para su autor! Los que se picaban de hábiles latinistas, se sentían molestos y humillados por el logogrifo, y se lanzaban á sus aposentos á compulsar notas y á registrar libros con ansia febril, para salir de sus dudas, y descifrar los terribles enigmas lingüísticos planteados ante ellos por el sibilino redactor de obra tan acabada y perfecta.

II

Era rector del colegio por aquel tiempo, el doctor don Miguel Escobosa, profundo latinista, canonista renombrado y teólogo de altísimos vuelos.

Por lo que hace á lo físico, era el doctor

un hombre como de cuarenta y cinco años, de estatura mediana, blanco de cutis, pelinegro y de nariz prolongada y astuta. Andaba despacio, con paso firme y sin hacer ruido, como suelen hacerlo los gatos. Tenía voz penetrante é imperiosa, y hablaba en frases cortas y rotundas. Lo que había de más notable en su persona, eran una enorme verruga negra quet tenía en el carrillo derecho, junto al arranque de la nariz, y los inquietos y pequeños ojuelos. Negros como el azabache, brillantes y movibles, todo lo veían y observaban, como hacerlo parecen los que van y vienen con el péndulo, en las órbitas de los rostros humanos pintados en el cuadrante de los antiguos relojes de sala ó comedor. Su mirada era irresistible. Desmayaban instantáneamente en patios y corrillos los mayores alborotos bajo su influencia paralizante; al sentir su magnetismo, cesaban gritos, carreras y retozos, y como por encanto se restablecían el orden y el silencio. Cuando alguna vez, á la hora de estudio ó en el patio de la Bola, se armaba una buena gresca de gritos, silbidos y risotadas, solía aparecer en lo alto del corredor, arrimado á la barda, el vigilante rector, bien peinado, oprimido por sotana de paño y banda de seda, y con un breviario en la mano; y las voces morían en la garganta, quedaban los pies como clavados en el sitio, expresaban los rostros

timidez indecible, y, escorzados los ojos, fijábanse fascinados en aquella figura, sin poder apartarse de ella.

La cualidad característica del rector, según pública voz y fama, era la firmeza de la voluntad. Nadie le disputaba el talento, todos hacían elogios de su sabiduría; pero lo que más en él se admiraba era la firmeza. Teníasele por hombre de carácter; mejor dicho y más brevemente, po. un carácter. A eso se debía que hubiese sido escogido por el Ordinario para regir el Seminario en aquellas circunstancias difíciles, porque nadie era más á propósito que él para encarrilar por buena senda aquel instituto que, en cierto modo, iba á fundarse de nuevo.

Entre las anécdotas que de él se referían, había una que le pintaba á lo vivo. Años atrás, y durante la profanación del edificio, había cobrado afecto á un joven inteligente y revoltoso llamado Perico Villalón, famoso tanto por su talento, como por sus instintos de calavera. Perico se había fugado varias veces del colegio para lanzarse á vida alegre en compañía de otros tunantes, pero el rector había querido hacer la conquista de aquella alma, y se había propuesto proteger al mancebo para conseguir su reforma y vuelta al camino del deber y de los estudios. Y había logrado, en efecto, que hiciese Perico toda suerte de promesas, y volviese

al Seminario y vistiese otra vez el manto y la beca, y confesase, y comulgase, y empuñase de nuevo ora el incensario, ora los ciriales para acompañar las misas de la capilla. En vista de cambio tan patente operado en la conducta de Villalón, el doctor Escobosa, dejándose llevar de sus buenos sentimientos, había llegado á ver al estudiante como si hubiera sido su propio hijo.

Así había pasado algún tiempo de paz y de concordia; pero al fin volvió Perico á las andadas, se escapó otra vez del colegio, y unido á sus antiguos camaradas, se entregó al retozo y jaleo de los placeres, con gran asombro y pesadumbre del rector. Todos esperaban que éste, al enterarse del contratiempo, enviase emisarios por todas partes para obtener la vuelta del hijo pródigo; pero no fué así, sin embargo, pues el señor don Miguel no dió paso para ello, ni se quejó del contratiempo, ni volvió á nombrar á su ingrato protegido. Es verdad que á raíz de los sucesos, permaneció dos días encerrado en la Sala Rectoral y sin comunicarse con nadie, y que al darse á ver de nuevo, pareció un tanto flaco y lívido á la muchedumbre de catedráticos; pero no menos cierto es también, que sólo por tales indicios dió á conocer sus sufrimientos aquel varón esforzado.

Aguardaba, sin duda, Villalón, que el

doctor le buscara y llamase; pero como no sucedió tal en varios días, perdió la esperanza, y de solicitado que había sido, se convirtió en solicitante, y por distintos medios y conductos pretendió volver á la gracia del señor Escobosa; sólo que todo fué en vano, porque el doctor no se dejó ablandar ni persuadir por persona alguna. Apenas oía el nombre de Pedro, fruncía el ceño y rogaba hasta á los más encopetados personajes, que no le pronunciasen otra vez en su presencia; y no había más remedio que obedecerle, porque la naturaleza había dotado al rector de ese don que suele llamarse de mando, al cual nadie resiste. Contábase que una vez Pedro en persona había osado presentársele para pedirle perdón, y que don Miguel le había vuelto por toda respuesta las espaldas, sin dignarse siquiera mirarlo.

Perico, que tenía malas entrañas y no buscaba en realidad, sino el medio de obtener cuanto necesitaba para vivir en la holganza, se indignó en sumo grado por el desaire, y se convirtió desde aquel punto y hora en mortal enemigo del rector. Y falto de apoyo para pasarse otro período de regalo é hipócrita recogimiento, se echó de lleno en los vicios, y no cesaba de vociferar en los sitios que frecuentaba, que había de vengarse de su antiguo bienhechor, haciéndole estos y aquellos daños.

Bien sabía don Miguel cuanto pasaba;

pero no se daba por entendido de ello, ni se inmutaba, ni tomaba medidas para repeler agresiones. Siguió entrando y saliendo por donde quiera, como lo tenía de costumbre, á pesar de que Villalón era espadachín y capaz de cualquier atentado: como si tuviese cédula de vida y fuese invulnerable.

La turba estudiantil, que todo lo sabía y observaba, hondamente impresionada por aquella entereza, había acabado por persuadirse de que el señor Escobosa era un ser superior, un personaje de leyenda, un hombre verdaderamente extraordinario. Por manera que no había quien chistase delante de él, y que le miraban los colegiales con una especie de terror mezclado de admiración y de respeto.

III

Una tarde de tantas como fuí á jugar á la plaza principal con mis pequeños camaradas, logré burlar la vigilancia del fiel sirviente que cuidaba de mí, y fuíme de excursión con otros chicos hasta el lejano atrio de San Francisco. Allí jugamos á nuestras anchas, pedreas tremendas á peladilla limpia, tomando los proyectiles de entre las ruinas de templos destruídos

que en aquel sitio se amontonaban. Entrada ya la noche, é ileso por fortuna, emprendí el camino de mi casa lleno de zozobra, pensando en la inquietud de mis padres y en la dura reprimenda que me aguardaba. Al pasar frente al Seminario, miré iluminada la Sala del señor rector. No había transeuntes; todo estaba mudo y quieto á lo largo de la calle. La pesada mole del Seminario, con puertas y ventanas cerradas, parecía un edificio fantástico á la luz vacilante de los míseros mecheros de aceite del alumbrado público.

La ocasión hace al ladrón. La soledad y el silencio me inspiraron una idea extravagante: coger una piedra y hacerla entrar por el aposento rectoral á través de los cristales. ¿Por qué, sentí ese movimiento selvático? ¿Sería por influjo del reciente combate de piedras? ¿O por el instinto de hacer diabluras que tiene todo chico de doce años? ¿O simplemente por el afán bestial de destruir los objetos brillantes, que hay en el fondo de la naturaleza de todo animal?

No podría decirlo á punto fijo. Quizás mi absurdo deseo se componía de pequeñas dosis de todos esos elementos. El caso es que, después de breve vacilación, me incliné, cogí un guijarro redondo, enarbolé el brazo y lo arrojé á los balcones...: pero con tan mala puntería que, sin llegar hasta ellos, fué á dar al centro del cercano

farol, que se hizo añicos, dejando la calle sumida en completas tinieblas. Rápidamente, y antes de que acudiese algún vecino llamado por el estrépito, cogí un segundo guijarro y lo dirigí al mismo balcón; pero esta vez con tan fino acierto, que, haciendo leve ruido al abrir redonda brecha en uno de los cristales, se introdujo bonitamente en el recinto iluminado. Hecho esto, corrí con toda la ligereza de mis jóvenes piernas, y me oculté detrás de la esquina más próxima, desde donde continué acechando el Seminario. No tardaron en abrirse los cristales de la Sala Rectoral y en aparecer el señor rector en el marco iluminado de uno de los balcones.

Permaneció buen rato en observación, procurando sondear la obscuridad con mirada penetrante; mas persuadido, sin duda, de la inutilidad de sus esfuerzos, entró de nuevo en la Sala, y volvió á cerrar los cristales. Salí entonces de mi escondite y me marché para mi casa, donde hallé una merecida reprimenda y atroces remordimientos que no me dejaron dormir en toda la noche..

IV.

A la mañana siguiente, cuando llegué á clase, encontré en gran conmoción el Seminario. No se hablaba de otra cosa más

que del atentado de que había sido víctima el rector. Abultábanse las cosas; decíase que había habido intención de matarle; que incontable era el número de piedras que habían entrado en la Sala Rectoral; y que el agredido había salido del riesgo con varias contusiones en el cuerpo y una herida en la cabeza.

Al oir el relato, si bien me di cuenta de su exageración, supuesto que la piedra bien dirigda no había sido más que una, me llené de alarma pensando pudiera ser cierto lo de la herida de la cabeza; y como el proyectil tenía la consistencia del hierro y había sido arrojado con toda la fuerza de mi brazo, no hallé inverosímil que la lesión fuese profunda y pudiese importar la fractura de algún hueso craneano..... ¿Frontal?.... ¿Parietal?.... ¿Occipital?... "Ecco il problema."

Así es que corría parejas mi gusto con mi remordimiento, hasta el punto de no saber si sentía más lo uno que lo otro. Faltábame investigar si se tenía noticia de quién hubiese sido el malhechor; pero no me atrevía á interrogar á los otros colegiales, por temor de oir mi nombre de sus labios, ó de delatarme por la expresión de mi fisonomía, por la cobardía de mi mirada ó por el temblor de mi acento. Pero aquella situación no podía prolongarse; necesitaba salir de tan fiera incertidumbre, y aca-

bé por decidirme á afrontar el enigma, fuese cual fuese el resultado.

Llevando, pues, aparte á uno de mis condiscípulos, le interpelé con voz entrecortada.

—¿Qué se dice del apedreador? le pregunté.

—Ya se sabe quién es, repuso.

Sentí que me ponía pálido, creyendo que mi interlocutor aludía á mí.

—¿Quién? insistí.

—Piensa y verás como das con él.

—¿Yo? ¡No! balbuceé lleno de confusión.

—Eres el único que no lo adivina.

—Dímelo.

—Perico Villalón, naturalmente. ¿Quién otro había de ser? Es un muchacho malo que aborrece al señor rector, y que ha prometido hacerle todos los males que pueda. ¡Qué tonto eres!

Un inmenso sosiego inundó mi corazón y circuló por mis venas recobré el aplomo, y sentí que la sangre afluía de nuevo á mi semblante.

—Hombre, dices bien, exclamé riendo. Soy un tonto, ¿quién podía ser sino Perico?

Y reforcé las de mi interlocutor con algunas consideraciones de mi cosecha sobre los antecedentes personales del lapidador y del lapidado, que no dejaban lugar á la menor duda tocante á la misma conclusión.

—Claro, concluyó mi colega; pero le ha de pesar. El doctor Escobosa no es un collon ni una vieja. Dicen que se ha quejado á la Prefectura denunciando á Perico como autor de las pedradas. Seguro que lo van á poner preso. Ya conoces al Prefecto; es muy corajudo y muy malo.

Las últimas palabras de mi amigo sacudieron mis nervios. Me alejé sin saber lo que hacía, y busqué el sitio más solitario.

La voz de mi egoísmo me gritaba: "¡Regocíjate, estás salvado! Nadie te vió cuando apedreaste la Sala Rectoral, nadie sospecha de tí, no tienes que temer nada. Ríete de esa turba que no ve más allá de sus narices, y prepárate á mofarte del gravedoso Prefecto, que aprehenderá á Villalón y le impondrá severísimo castigo, creyendo restaurar el orden, cuando no hará más que un disparate."

Pero otra voz más potente que ésta, brotaba del fondo de mi pecho, y me decía: "Tú no puedes permitir que sufra Villalón por salvarte del castigo, porque tú solo lo mereces. Podrías callar si á nadie calumniasen; pero nó cuando hay de por medio una víctima."

En vano arguía mi egoísmo que Villalón era un perdido, que merecía que la justicia le sentase la mano, y que si ahora padecía por un error, se podía abonar su castigo á la cuenta de sus bellaquerías impunes; mi conciencia no se dejaba vencer,

y respondía que, fuese como fuese, si permitía yo que cargase Perico con mi responsabilidad, sería fea y villana mi acción.

V.

Dominado por estas ideas, maquinalmente y sin saber lo que hacía, me dirigí á la escalera y la subí paso á paso, con la cabeza baja y viendo al suelo.

Me pareció despertar de un sueño, cuando me hallé frente á la puerta de la Sala Rectoral. Leve distancia me separaba de la presencia del doctor Escobosa, y bien sabe Dios que me anonadaba la idea de comparecer ante él; pero mi resolución era irrevocable, y, venciendo las cortapisas de la vergüenza y del temor, empuñé la diestra y golpeé la madera con los nudillos.

En el acto vibró una voz penetrante por la parte de adentro.

—¡Pase! dijo.

Empujé la puerta y me encontré delante del rector. Sus ojillos negros me amedrentaron, y sentí que me ponía pálido. Mas observé, con ligero alivio de mi angustia, que la majestuosa cabeza del rector erguíase libre de vendas, esparadrapos

y demás indicios de efusión de sangre y descalabradura.

—¿Qué anda haciendo por acá? preguntóme. (Nunca pronunciaba la palabra "usted," á uso y costumbre de frailes.)

—He sabido, repuse con voz insegura, que anoche ha sido apedreada la Sala Rectoral.

—Sí, contestó fríamente; ahí tiene el cuerpo del delito,—y me mostró con la mano sucesivamente el cristal roto y la peladilla de que se armó mi desapoderado brazo, la cual lucía sobre la mesa consola su redonda, apretada y plomiza mole. Ante aquellas piezas de convicción, sentí que me faltaba el aliento, y creí que iba á darme un vahído.

La voz del rector, dura é irónica, continuó:

—Tuvo el pillete el placer de lapidarme como á un perro, y aun habría tenido el de matarme si no hubiese sido tan mala su puntería.... Me lastimó esta pierna (señalándose la derecha); si me hubiera acertado en la cabeza, se habría salido con la suya... El canto está grande y duro; pero la autoridad lo arreglará todo... Caro le va á costar el deleite.... A mí no me inspira más que desprecio la conducta de mi enemigo; pero el escándalo no debe repetirse, no por mí, sino por el Seminario.

Vislumbré en aquellas palabras una

gran cólera comprimida, y comprendí que no habría piedad para el autor del desacato. Esta idea, en vez de anonadarme, exaltó mi resolución, y quise acabar de una vez.

—¿Sabe usted quién fué el agresor? le pregunté tímidamente.

—¡Vaya que sí! ¿Quién otro, si no el ingrato á quien tendí la mano y me hincó en ella el diente?

Aludía á Perico con claridad; no me había engañado mi amigo.

—Está usted en un error, repuse con viveza; no fué Villalón.

—¿Quién le da derecho de replicarme? Bien sé lo que me digo y no necesito advertencias.

—No sería justo que padeciese Perico.

—¿Qué sabe de eso? ¿A qué ha venido á la Rectoría?.... ¡Márchese á sus estudios!

—He venido á revelar el nombre del culpable.

—¿Lo conoce?

—Sí, señor.

—¡Mucho cuidado con mentir ni calumniar!

—No, señor.

—¿Cómo se llama?

—Soy yo.

Cerré los ojos. Creí que el techo iba á desplomarse sobre mi cabeza, ó á hundirse el suelo bajo mis plantas. Tenía la con-

vicción de que el rector iba á hacerme pedazos.... ¿Cómo?.... ¿Por qué método?... ¿De qué medios se valdría?.... ¿Me mordería?... ¿Me descoyuntaría?... ¿Me reduciría á papilla con los pies y con los puños?

Pasó un rato de indecible ansiedad... Asombrado del silencio que siguió á mis palabras, y de tener vida todavía, abrí los ojos, y me encontré con los del rector, que me miraban de hito en hito. Parecía más asombrado que colérico, como el león que vió á don Quijote abrir la puerta de la jaula.

—¿Me odia? preguntó con acento breve.

—No, repuse.

—¿Quiso vengarse?

—No.

—¿Por qué lo hizo?

—Por el placer de ver entrar una piedra por los cristales del balcón iluminado, nada más.

Siguió examinándome buen espacio con detenida atención. Entretanto, tiritaba yo, como si estuviese dentro de una nevera.

—¿Por qué ha venido á delatarse?

—No quise que Perico fuese castigado por mí.

Meditó un instante, frunció el entrecejo, y con voz indefinible, me dijo:

—Nunca permito que nadie se me adelante. Puesto que confiesa su falta, negocio concluído.

No entendí, ni me moví del sitio.

—¿Qué espera? me preguntó.

—Lo que usted mande.

—¿El castigo?

Callé inclinando la cabeza con humildad.

—Váyase, le perdono.

Me pareció que soñaba, no encontré qué decir, y sin saber por qué, me dieron ganas de llorar.

Llegaba ya á la puerta, cuando oí la voz del rector.

—Un consejo, me decía; guarde reserva sobre esto. Vale má que no se sepa; no le honra.

Hice una señal afirmativa con la cabeza, y salí de la Sala, no sé si más agradecido que humillado, ó más humillado que agradecido.

VI

Cumplí la recomendación y guardé silencio largos años; hoy lo rompo, lector, por darte esta prueba de confianza, y porque sé que eres discreto.

Por tu vida que á nadie se lo digas.

"PIA."

A Angel de Campo.